

corazon del pérfido, responde: Tú lo has dicho: tú eres (1). El Hijo del hombre será entregado; pero ¡ay del que lo entrega! Más le valiera no haber nacido (2). Así le habla para que le contenga el temor del castigo, ya que no lo ha hecho la vergüenza del crimen (3). Judas, sin embargo, permanece insensible: Jesucristo, todo caridad, no ha dicho claramente á los demás que él es el traidor, y esto le basta: para ellos su crimen está oculto, aún no se cree deshonrado (4). Así el sacrilego viene á ocupar un puesto entre los fieles, asiste á los Oficios Divinos, va á postrarse á los piés del tribunal donde las aguas de la misericordia, mezclándose con las lágrimas de la penitencia, lavan los pecados. En vano Jesucristo, por la voz del remordimiento, le descubre su crimen, y le hace entrever sus fatales consecuencias: como Judas permanece insensible.

Llegada la hora, el Apóstol traidor corre á ejecutar su crimen, pero oculta sus negros designios bajo las apariencias del respeto y la amistad. Maestro, dice, imprimiendo sus inmundos lábios en el divino rostro de éste, Maestro, yo os saludo (5). Jesus admite este ósculo, que le es más sensible que todos los ultrajes de la Pasión, y se contenta con responderle dulcemente: Amigo, ¿á qué has venido? ¿Con un beso de paz haces traición al Hijo del hombre? (6)

(1) Matth. XXVI, 22, 25.

(2) Matth. XXVI, 24.

(3) Prædicat et pœnam, ut quem pudor non vicerat, corrigant denunciata supplicia. (Beda, loc. cit.)

(4) Et tamen non designat specialiter, ne manifeste correptus, impudentior fieret. Mittit crimen in numero, ut agat conscius pœnitentiam. (Id. id.)

(5) Matth. XXVI, 49,

(6) Id. id.: Luc. XXII, 48.

Fiel á su compromiso infernal con el mundo y con sus pasiones, el nuevo Judas, engañando á todos menos á Dios, en medio del día y entre la multitud de los fieles, se levanta insensible y avanza friamente para consumir su obra. En vano desde el fondo del tabernáculo Jesucristo le dice, como al pérfido discípulo: Amigo, ¿á qué has venido? ¿Por qué quieres hacerme traición con un beso de paz? Tú, mi hijo, á quien he amado tanto; tú, mi amigo, á quien convidó á mi mesa; tú me vendes con una apariencia de amor? Si un extraño, si un enemigo lo hiciera, sufriéralo yo; pero de ti, amigo mio, ¡cuán amargo se me hace este insulto! (1) Todo en vano. El sacrilego no se detiene: el hipócrita está allí al pié del altar. El Sacerdote se acerca, llevando al Salvador; y el impío, aplicando su impura boca al rostro divino de Jesus, recibe el Pan del cielo, y lo introduce en un corazon más impuro todavía. ¡Desgraciado! Escucha la voz del que recibes tan indignamente. ¡Ay de aquel por quien el Hijo del hombre será entregado: más le valiera no haber nacido (2). Esta sentencia, dice el V. Beda (3), no se pronuncia solo contra Judas. Hoy y siempre, ¡ay de aquel que de este modo se acerca á la Mesa del Señor!

(1) Psalm. LIV, 13, 14, 15.

(2) Matth. XXVI, 24.

(3) Sed et hodie quoque et in sempiternum vae homini illi qui ad mensam Domini malignus accedit; qui insidiis mente conditis, qui præcordiis aliquo scelere pollutis, mysteriorum Christi secretis participare non metuit. Et ille enim in exemplum Judæ Filium hominis tradit, non quidem judæis peccatoribus, sed tamen peccatoribus membris, videlicet suis, quibus illud inæstimabile et inviolabile Domini Corpus violare præsumit. Ille Dominum vendit qui, ejus amore ac timore neglecto, terrena et caduca, imo etiam criminosa plus amare et curare convicitur. Vae, inquam, illi homini de quo Jesus, qui altaribus sacris inter immolandum, utpote proposita consecraturus, adesse non dubitatur, adstantibus sibi ministris cœlestibus, queri cogitur, ecce, inquam, *manus tradentis me mecum est in mensa.* (Beda, loc. cit.)

¡Ay del que con planes de iniquidad, con corazón manchado por el pecado, no teme participar de los misterios de Cristo! ¡Ay del que, como Judas, le entrega, no á los judíos, sino á sus miembros pecadores, con los que se atreve á violar el inestimable cuerpo de Jesús. Él le vende, porque despreciando el amor y el temor, prefiere las cosas caducas, las mundanas y aun las criminales. ¡Ay de aquel de quien Jesús dice á sus ministros celestiales, ejecutores de su justicia: Hé aquí que la mano del que me entrega está en mi mesa; más le valiera no haber nacido! (1) Desgraciado, sacrilego, medita estas palabras. Ellas te explican tu crimen y sus consecuencias espantosas.

Lo son, en verdad, Señores. El que no come mi carne ni bebe mi sangre, dice Jesucristo, no tiene vida en su alma; está muerto para el bien y para Dios (2): pero en él no hay más que la privación de la vida divina; al paso que el que comulga hipócrita y sacrilegamente, no solo no tiene esta vida, sino que se hace reo del cuerpo y sangre de Cristo; reo de Deicidio como los judíos (3). Desde entonces el hombre se endurece en su corazón; y afanándose por sofocar la voz del remordimiento, multiplica sus sacrilegios, á fin de que la costumbre haga desaparecer el horror que tamaño crimen causa naturalmente al cristiano. Escuchad otra vez á Jesucristo en su parábola: Atado de pies y manos, arrojadlo á las tinieblas exteriores (4). La comunión sacrilega, hermanos míos, es una cadena que ata al hombre en su alma, y le impide librarse del imperio del pecado: ella le arroja en las

(1) Luc. XXII, 21.

(2) Joann. VI, 54.

(3) I Corinth. XI, 27. Vide à Lapide et Pinconio in hunc locum.

(4) Matth. XXII, 13.

tinieblas de la indiferencia; ella le roba la luz de la fe; ella le infunde un principio de muerte eterna. San Pablo lo dice: El que come y bebe indignamente este Sacramento, come y bebe su propio juicio, su propia condenación (1). Es decir, el alimento celestial, que profana, se convierte en un veneno, que se incorpora con él y penetra todo su sér: la sentencia de muerte, que como á reo del cuerpo y sangre de Cristo atrae sobre sí, se mezcla con su sustancia, se hace una misma cosa con él, se encarna en él, así como dice Jesucristo, que su vida se hace la vida del que santamente comulga (2). Va unida al crimen de la mala Comunión la maldición que Jesucristo pronunció contra Judas, y difícilmente se borra de la frente del sacrilego. De aquel se dice en el Evangelio, que en cuanto comulgó, entró Satanás en su corazón (3): lo mismo sucede en el nuevo Judas de la indigna Comunión.

Y bien, Señores, siendo Satanás el que reina en el corazón del sacrilego, ¿podrá menos de encontrarse en él todo género de males? Así como la historia y la experiencia nos prueban los admirables y divinos efectos de la unión amorosa con Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, y vemos la humildad, la pureza, la caridad y todas las virtudes, en los que, por este Sacramento, viven la vida de Cristo; así en los que profanan este medio de santificación y de felicidad verdadera, los efectos son y deben ser totalmente contrarios. ¿Extrañaremos, pues, que en muchos de los que comulgan no aparezcan aquellos efectos de santidad? ¿Acusaremos por ello á Jesucris-

(1) I Corinth. XI, 29.

(2) Joann. VI, 58.

(3) Id. XIII, 27.

to? ¿Acusaremos á la Sagrada Eucaristía? Lejos de nosotros tan atroz blasfemia.

Concluyamos. La Comunión, ahora como siempre, es el árbol de la vida en el paraíso de la Iglesia; ahora, como siempre, es el medio sublime de restauración y regeneración dejado por Jesucristo á la tierra. Si el hombre no vive de sus frutos, es porque no se acerca á comer de él. Si el hombre no deja la vestidura del viejo Adán y toma la del nuevo, es porque come indignamente. Acérquese á ese árbol, probándose y examinándose antes, como dice San Pablo (1): es decir, arrojando de su corazón el manjar indigesto de la concupiscencia, y el pan divino le hará hombre nuevo, hombre de virtud, hombre santo. Los que se apartan de ti, dice el Profeta, perecerán (2). Si te alejas, ó cristiano, morirás; por el contrario, si te acercas, tendrás vida, porque es el pan de la vida el que recibes, y el que come la vida no puede morir. ¿Cómo morirá el que se alimenta de la vida? ¿Cómo desfallecerá el que recibe esta sustancia vital? (3) Acércate, dice San Cirilo, pero hazlo preparándote con una vida de virtudes. Viviendo así, cree que este pan no solo te librará de la muerte, sino también de la enfermedad y flaqueza, porque estando Cristo en nosotros adormece las pasiones, excita la piedad, da la paz al alma, y nos eleva hasta él por la gracia y la virtud (4). Que Je-

(1) I Corinth. XI, 28.

(2) Psalm. LXXII, 27.

(3) Si te elongaveris ab eo, peribis; si appropinquaveris ad eum, vi-  
ves. Hic est panis vitæ. Qui ergo vitam manducat, mori non potest.  
¿Quomodo enim morietur, cui cibus vita est? ¿Quomodo deficiet qui ha-  
buerit vitalem substantiam? (S. Ambr. ex expos. in Psalm. CXVIII.)

(4) Quare pie apud te statuas, recte ac honestius vivere, atque ita  
Eulogiæ particeps fias; credens eam nedum mortis, sed et nostrorum  
morborum suapte vi depultricem esse. Christus enim in nobis existens,  
sævientem in membris nostris sopit carnis legem, pietatem in Deum ex-

sucristo, pues, no entre en vano en vuestros corazones, hermanos míos: haceos dignos de recibir á un Dios que quiere darse á vosotros; y recibéndole, encontrareis en la Comunión la fuente de todas las gracias, el estímulo de todas las virtudes, y la prenda de la gloriosa inmortalidad.

---

suscitat, animi perturbationes mortificat, quibus obnoxii sumus, delicta non imputans, sed potius ut ægrotos sanans. Confractum enim lapsum erigit tanquam Pastor bonus, et qui animam suam ponit pro ovibus suis. (S. Cyrill. Alexandr. in cap. V Joann.)